



Bolsillo Era

www.edicionesera.com.mx

César Aira

El congreso de literatura



Ediciones Era

www.edicionesera.com.mx

PRIMERA PARTE

El Hilo de Macuto

En un viaje que hice recientemente a Venezuela tuve la ocasión de admirar el famoso “Hilo de Macuto”, una de las maravillas del Nuevo Mundo, legado de anónimos piratas, atracción del turismo y enigma sin respuesta. Un extraño monumento de ingenio que atravesó los siglos indescifrado y en el proceso se volvió parte de una Naturaleza que en esas latitudes es tan rica como todas las renovaciones que promueve. Macuto es una de las localidades costeras que se suceden a los pies de Caracas, vecina de Maiquetía, donde está el aeropuerto al que yo había llegado. Me alojaron provisoriamente en Las Quince Letras, el moderno hotel levantado frente al parador y restaurante del mismo nombre, sobre la costa misma. Mi habitación daba al mar, el Caribe enorme y a la vez íntimo, azul y brillante. El “Hilo” pasaba a cien metros del hotel; lo descubrí desde la ventana y fui a verlo.

En mi infancia, como todo niño americano, yo me había empapado en vanas especulaciones sobre el Hilo de Macuto, en el que se hacía real, tangible, vestigio vivo, el mundo novelesco de los piratas. Las enciclopedias (la mía era el Tesoro de la Juventud, que nunca como en esas páginas merecía su nombre) traían esquemas y fotografías, que yo reproducía en mis cuadernos. Y en mis juegos desataba los nudos, descubría el secreto... Más tarde vi documentales sobre el Hilo en la televisión, compré algún libro sobre el tema, y tropecé con él muchas veces en mis estudios de la literatura venezolana y caribeña, donde es un leit motiv. También seguí, como todos (aunque sin un in-

terés especial) las noticias que traían los diarios sobre nuevas teorías, nuevos intentos de descifrar el enigma... El hecho de que siempre fueran nuevos era indicio suficiente de que los anteriores habían fracasado.

Según la leyenda inmemorial, el Hilo debía servir para izar del fondo del mar un tesoro, un botín de valor incalculable puesto allí por los piratas. Uno de los piratas (todas las indagaciones en crónicas y archivos han fallado en identificarlo) debió de ser un genio científico-artístico de primera magnitud, un Leonardo a bordo, para idear el maravilloso instrumento que servía a la vez para ocultar el botín y recuperarlo.

El aparato tenía una simplicidad genial. Era, como el nombre lo dice, un “hilo”, uno solo, en realidad una cuerda de fibras naturales, tendida a unos tres metros sobre la superficie del agua sobre una hoya marina que hace el fondo cerca de la costa de Macuto. En la hoya se perdía un extremo del hilo, que pasaba por una suerte de roldana natural de piedra en una roca emergida a doscientos metros de la orilla, daba una voltereta de nudos corredizos en un obelisco también natural en tierra, y de ahí subía a dos montañuelas de la cadena costera para volver al “obelisco”, en una triangulación. Sin necesidad de restauraciones, el dispositivo había resistido intacto el paso de los siglos –sin cuidados especiales–, al contrario, siempre invicto ante las manipulaciones groseras y hasta brutales de los buscadores de tesoros (todo el mundo lo es), ante los depredadores, los curiosos y las legiones de turistas.

Yo fui uno más... El último, como se verá. Resultó ligeramente emocionante verme frente a él. No importa lo que se sepa de un objeto famoso: estar en su presencia es otra cosa. Hay que encontrar la sensación de realidad, despegar el velo de sueños que es la sustancia de la realidad, y ponerse a la altura del momento, del Everest del mo-

mento. Innecesario decir que soy incapaz de esa hazaña, yo más que nadie. Aun así, allí estaba... bellissimo en su fragilidad invencible, tenso y delgado, captando la luz antigua de las navegaciones y las aventuras. Pude comprobar que era cierto lo que se decía de él: que nunca estaba del todo callado. En las noches de tormenta el viento lo hacía cantar, y los que lo escucharon durante un huracán quedaron obsesionados de por vida con su aullido de lobo cósmico. Todas las brisas marinas habían tañido esta lira de una sola cuerda, el ayuda memorias del viento. Pero aun esa tarde, con el aire inmóvil (si un pájaro hubiera soltado una pluma, habría caído en línea recta), su rumor atronaba. Eran graves y agudos microtonales, muy dentro del silencio.

Mi presencia ahí frente al monumento tuvo grandísimas consecuencias, objetivas, históricas; no sólo para mí sino para el mundo. Mi presencia discreta, inadvertida, fugaz, casi la de un turista más... Porque esa tarde resolví el enigma, hice funcionar el dispositivo dormido y saqué el tesoro del fondo del mar.

No es que yo sea un genio ni un superdotado, qué va. Todo lo contrario. Lo que pasa (trataré de explicarlo) es que cada mente se conforma de acuerdo con sus experiencias y memorias y saberes, con la suma total, y la acumulación personalísima de todos los datos que la han hecho ser lo que es la hace única. Cada hombre es dueño de una mente con poderes que pueden ser grandes o pequeños pero que siempre son únicos, propios de él. Y lo hacen capaz de una “hazaña”, banal o grandiosa, que sólo él habría podido realizar. Aquí todos habían fallado porque habían apostado a un simple progreso cuantitativo de la inteligencia y el ingenio, cuando lo que se necesitaba era una medida cualquiera de ambos, pero de la calidad apropiada. Mi inteligencia, lo he comprobado a mis expensas,

es muy reducida. Apenas si me ha alcanzado para mantenerme a flote en las aguas procelosas de la vida. Pero es única en su calidad; y no es única porque yo me haya propuesto que lo sea, sino porque así tiene que ser.

Esto sucede y ha sucedido así con todos los hombres, siempre y en todas partes. Pero un ejemplo tomado del mundo de la cultura (¿y de qué otro mundo tomarlo?) puede hacerlo más claro. La calidad de único de un intelectual puede captarse simplemente por la conjunción de sus lecturas. ¿Cuántos hombres puede haber en el mundo que hayan leído estos dos libros: *La Filosofía de la Experiencia Vital* de A. Bogdanov, y el *Fausto* de Estanislao del Campo? Dejemos de lado las reflexiones que hayan podido suscitar, las resonancias, la asimilación, que serán necesariamente personales e intransferibles. Vamos al hecho bruto de los dos libros. La coincidencia de ambos en un lector es improbable, en la medida en que pertenecen a ámbitos apartados de la cultura, y a que ninguno de los dos forma parte del fondo de clásicos universales. Aun así, es posible que una docena o dos de inteligencias dispersas en el tiempo y el espacio hayan recibido este alimento dual. Pero basta que agreguemos un tercer libro, digamos *La Poussière des Soleils* de Raymond Roussel, para que el número disminuya drásticamente. Si no es “uno” (es decir yo), le anda raspando. Quizás sea “dos”, y a ese otro yo tendría razones para llamarlo “mon semblable, mon frère”. Un libro más, un cuarto libro, y ya puedo tener la seguridad de estar solo. Y yo no he leído cuatro libros; han sido miles los que el azar o la curiosidad han traído a mis manos. Y además de libros, para no salir del campo de la cultura, discos, cuadros, películas...

Todo eso, más la textura de mis días y mis noches desde que nací, me dio una conformación mental distinta de cualquier otra. Y dio la casualidad de que era la necesaria

para resolver el problema del Hilo de Macuto; para resolverlo con la mayor facilidad, con la mayor naturalidad, como dos más dos. Para resolverlo, dije, no para plantearlo; de ninguna manera sugiero que el pirata anónimo que lo ideó fuera mi gemelo intelectual. No tengo gemelo, y por eso fui capaz de dar en la clave del enigma que en vano habían enfrentado antes que yo cientos de estudiosos y miles de ambiciosos durante cuatro siglos, y con medios mucho más ricos, que en los últimos tiempos incluyeron buzos, sonares, computadoras y equipos multidisciplinarios. Yo era el único, en cierto sentido el predestinado.

Pero no el único en sentido literal, debo advertirlo. Cualquiera que hubiera tenido las mismas experiencias que tuve yo (eso sí: todas, porque es imposible determinar a priori cuáles son las pertinentes) podría haberlo hecho igual que yo. Y ni siquiera las “mismas” experiencias literalmente, porque las experiencias admiten equivalencias.

De modo que no me jacto demasiado. Todo el mérito fue del azar que me puso, justamente a mí, en el sitio justo: en Las Quince Letras, una tarde de noviembre, sin nada que hacer durante varias horas (había perdido una conexión en el aeropuerto, y debía esperar al día siguiente). Al llegar no venía pensando en el Hilo de Macuto, ni siquiera me acordaba de su existencia. Me llevé la sorpresa de que estuviera ahí, a un paso del hotel, como un recordatorio de mi infancia amante de los libros de piratas.

De paso, y por mero imperio de la ley de la explicación, quedó aclarado otro enigma conexo, que era saber cómo había resistido la cuerda (el “hilo” de marras) al desgaste de los elementos durante tanto tiempo. La fibra sintética puede hacerlo, pero no había nada de sintético en el Hilo de Macuto, como lo habían demostrado exhaustivos análisis de laboratorio hechos sobre algunas hebras milimétricas extraídas con pincines de punta de diamante: en su

composición no había nada más que seda de piña y bejuco, sobre un soporte de cañamo.

La solución al problema principal no me vino de inmediato. Durante dos o tres horas no supe que estaba elaborándose en mi cerebro, mientras daba un paseo, subía a mi habitación a escribir un rato, miraba el mar por la ventana y volvía a salir, en el tedio de la espera. Durante ese lapso tuve tiempo de observar las evoluciones de unos niños que se zambullían al mar desde unas rocas a unos veinte metros de la costa. Esto ya es la “pequeña historia”, y en realidad no tiene interés más que para mí. Pero de esas piezas inenarrables y microscópicas está hecho el rompecabezas. Porque en realidad no existe el “mientras tanto”. Por ejemplo, en mi distracción consideraba el juego de esos chicos como un artefacto humilde hecho con elementos naturales, uno de los cuales era el reconocimiento del placer cinético de la zambullida, el shock muscular, la natación-respiración... ¿Cómo hacían para esquivar esas aristas de piedra trasapeladas en el oleaje? ¿Cómo se las arreglaban para pasar a milímetros de la roca que los habría matado con su caricia de medusa rígida? Por el hábito. Debían de hacerlo todas las tardes. Lo cual le daba al juego la materia necesaria para volverse una leyenda. Esos niños eran un hábito de la costa de Macuto, pero la leyenda también es un hábito. Y la hora, la hora que era precisamente entonces, el crepúsculo tan adelantado en los trópicos y a la vez tan demorado y majestuoso en sus acordes, la hora participaba del hábito...

De pronto, todo caía en su lugar. Yo, que nunca comprendo nada si no es por cansancio, por renuncia, de pronto lo comprendía todo. Pensé en tomar una nota, para una novelita, pero ¿por qué no hacerlo, por una vez, en lugar de escribirlo? Me dirigí de prisa a la plataforma donde hacía vértice el triángulo del Hilo... Toqué apenas los nu-

dos con la punta de los dedos, los invertí en bloque sin intentar desatarlos... Hubo un zumbido que se oyó a kilómetros a la redonda, y el Hilo empezó a correr sobre sí mismo a una velocidad cósmica. Las montañas a las que estaba atado parecieron temblar, pero debía de ser una ilusión producida por el deslizamiento de la cuerda, que se extendió al tramo que se internaba en el mar. Las miradas de los curiosos que me habían visto actuar, y las de quienes se asomaron a las ventanas de los edificios cercanos, apuntaron a alta mar...

Y allí, con un chasquido prodigioso y una explosión de espumas, saltó el cofre del tesoro en la punta del Hilo, con tal fuerza que se elevó unos ochenta metros por el aire, se detuvo un instante y luego vino en línea recta, siempre jalado por el Hilo que se retraía, hasta caer intacto sobre la plataforma de piedra, a un metro de donde yo estaba esperándolo.

No haré aquí el desarrollo de toda la explicación, porque me llevaría muchísimas páginas, y me he impuesto una extensión fija para todo el texto (del cual esto es apenas el prólogo) por respeto al tiempo del lector.

Lo que quiero destacar es que no me limité a resolver especulativamente el enigma, sino que lo hice también en la práctica. Quiero decir: después de comprender qué era lo que había que hacer, fui y lo hice. Y el objeto respondió. El Hilo, un arco tenso desde hacía siglos, lanzó al fin su flecha, y trajo a mis pies el tesoro oculto, volviéndome rico en un instante. Lo que fue muy práctico, porque siempre he sido pobre, y últimamente lo había sido más que nunca.

Venía de pasar un año de angustias económicas, y de hecho me estaba preguntando cómo salir de una situación que empeoraba día tras día. Mi actividad literaria, encara da en términos de inatacable pureza artística, nunca me

dio réditos materiales. Lo mismo vale, y en mayor medida por el secreto en que las he llevado a cabo, para mis labores científicas, de las que hablaré más adelante. Desde mi temprana juventud he vivido de mi trabajo de traductor. Con el tiempo fui perfeccionándome en este oficio, en el que obtuve algún prestigio, y durante los últimos años pude gozar de cierta tranquilidad, que nunca llegó a la abundancia, cosa que no me preocupa porque llevo un régimen de vida muy austero. Pero ahora la crisis ha afectado seriamente a la actividad editorial, que paga el periodo previo de euforia. La euforia llevó a la sobreoferta, las librerías se llenaron de libros de producción nacional, y cuando el público debió ajustarse el cinturón, la compra de libros fue lo primero que suspendió. De modo que las editoriales se encontraron con descomunales stocks imposibles de colocar, y sólo atinaron a reducir la actividad. La redujeron tanto que este año lo pasé desocupado, administrando penosamente mis ahorros y avizorando con ansiedad creciente el futuro. Podrá verse entonces lo oportuno que fue para mí este suceso.

Aquí hay un motivo extra de asombro, y es pensar cómo fue posible que una riqueza proveniente de cuatrocientos años atrás siguiera teniendo valor, y que este valor fuera enorme. Sobre todo teniendo en cuenta la velocidad a la que se suceden en nuestros países las devaluaciones, los cambios de denominación de la moneda y los planes económicos. Pero no entraré en ese tema. Por otro lado, la riqueza siempre tiene algo de inexplicable, más que la pobreza. Desde ese momento yo era rico, y basta. De no haber tenido que partir al otro día rumbo a Mérida, por un compromiso contraído al que no podía (ni quería) sustraerme, me habría ido a París o a Nueva York a estrenar mi opulencia.

De modo que a la mañana siguiente, con los bolsillos

lentos y precedido de un clamor de fama que llenaba los diarios del mundo entero, tomé el avión que me llevó a la bella ciudad andina donde se desarrollaba el Congreso de Literatura objeto de este relato.